

el doctor en la India vino a ratificarme en mi idea. Era muy lógico que a un hombre de las condiciones de Roylott se le ocurriera pensar en un veneno imposible de descubrir por los más poderosos experimentos químicos.

”La rapidez con que este veneno se transmite era otra de sus indiscutibles ventajas. Ya recordará usted que ni el juez ni los médicos hallaron el menor indicio sobre el cuerpo de la señorita Stoner. También recordará el silbido, con el cual, y por medio de la leche que descubrimos en el cuarto del doctor, éste debió acostumbrar a la serpiente a acudir a él antes de que la víctima pudiera sorprender la causa de su muerte.

”Hacía pasar el reptil por el agujero y la serpiente descendía, naturalmente, por el cordón. Tal vez pasaron muchas noches antes de que mordiese a la muchacha, pero el procedimiento era infalible.

”Examinando la alcoba del doctor, adquirí el convencimiento de todas estas suposiciones. La silla me probó que Roylott se subía frecuentemente encima para alcanzar el agujero. La caja, el platillo de leche y el látigo de nudo corredizo desvanecieron mis últimas dudas. El golpe metálico oído por la señorita Stoner debió ser producido al cerrar apresuradamente la caja de caudales...

”Y nada más, querido Watson. Ya sabe el resto, y cómo al oír el silbido encendí la luz y empecé a golpear la serpiente”.

—Dando lugar con ello a que se volviera por donde había venido.

—Y también a que atacara a su amo. Como algunos de mis golpes le acertaron, se encolerizó, hasta el punto de arrojarse sobre la primera persona con que tropezó su vista. Ya sé que indirectamente he causado la muerte del doctor Roylott, pero hablando francamente, no me importa, ni siento grandes remordimientos por ello.

## Los Cunninghams

1

Aquella primavera trabajó Sherlock Holmes como nunca. De tal cantidad fueron las aventuras y sucesos en los que intervino y con tal entusiasmo lo hizo que, rendido aquel cuerpo que parecía incansable, hubo el espíritu de resignarse a una larga temporada de inacción y de reposo.

Yo bien quisiera relatar cuanto antes sus triunfos de entonces, pero algunos de ellos —los de la Compañía de Holanda y Sumatra y de los fantásticos proyectos e invenciones del barón Maupertins, por ejemplo— son de fecha tan próxima, que, con gran dolor de mi ánimo, he de dejarlos para mejor ocasión, y tal vez con eso gane la narración de los hechos, porque a mayor distancia se abarca más terreno y mejor y con más libertad de criterio se juzga.

Sin embargo, también de aquella época es su descubrimiento del crimen de Reigate, en unas condiciones realmente extraordinarias, y gracias a un recurso que su situación en aquellos momentos le permitió emplear victoriosamente.

\*\*\*

Según mis notas, amigo lector, el día 14 de abril de aquel año recibí un telegrama fechado en Lyon, en que me decían que Holmes se hallaba enfermo en el Hotel Dulong. Veinticuatro horas más tarde estaba a la cabecera de su lecho y pude convenirme de que, afortunadamente, no era grave su indisposición. No obstante, había sufrido mucho por un trabajo excesivo

de quince y a veces veinte horas diarias lo había perjudicado no poco. Y se dio el peregrino caso que, mientras su nombre corría de boca en boca por toda Europa y la mesa de su cuarto se llenaba de telegramas y cartas felicitándole entusiastamente, el héroe yacía en un estado de postración tan grande, que hasta el hablar le resultaba un fatigoso empeño. La conciencia de su triunfo, la satisfacción de haber vencido donde fueron derrotados los más hábiles policías de tres naciones, no eran suficientes para levantar su decaído ánimo ni volverlo a su antigua resistencia.

Nunca trabajé como en aquella ocasión; pero nunca también fue tan completo y redondo mi éxito como doctor. Tres días después de mi llegada a Lyon salíamos para Londres, y veinticuatro horas más tarde estábamos en nuestro cuarto de Baker Street, como en los antiguos días.

Holmes estaba casi restablecido; pero, no obstante, yo creí necesaria una corta temporada en el campo para que el aire puro y la paz completasen la obra de la ciencia. Entonces, me acordé del coronel Hayter.

Este bizarro militar, a quien yo le salvé la vida en el Afganistán, había comprado una casa de campo en el Surrey, cerca de Reigate, y constantemente me escribía cartas y más cartas rogándome que fuera a pasar con él una temporada. En la última que recibí me pedía que hiciera extensiva la invitación a mi amigo, a quien admiraba y deseaba conocer hacía mucho tiempo.

No poco trabajo me costó convencer a Holmes; pero (por fin, y ante la seguridad de que íbamos a casa de un soltero y de que gozaría de una libertad omnímoda, aceptó.

Así, pues, apenas hacía una semana que habíamos vuelto de Lyon, cuando ya estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era el tipo perfecto del antiguo militar. Era francote y sencillo, tenía una gran experiencia de los hombres y de las

cosas, y desde el primer momento Holmes y él simpatizaron muchísimo.

La tarde del día en que llegamos nos dirigimos después de comer a un salón amplio y bien alhajado, donde el coronel coleccionaba en grandes panoplias infinidad de armas. Holmes se tumbó en un diván, y Hayter y yo nos dedicamos a revisar la bélica colección.

—Tome, Watson —me dijo el coronel de pronto—. Aparte esa pistola, porque me la voy a llevar a mi cuarto.

—¿Para qué?

—Para que no me encuentre desprevenido si me ocurre lo que la otra noche al viejo Acton, uno de los más ricos propietarios del condado.

—¿Y qué le pasó?

—Pues nada, que a medianoche asaltaron su casa y le robaron..., aunque no mucho, afortunadamente.

—Pero, ¿y los autores?

—No se sabe. Por más pesquisas que se han hecho, no se los ha podido encontrar.

Holmes se incorporó, y mirando fijamente al coronel, dijo:

—¿Y no se sospecha de nadie?

El coronel se encogió de hombros.

—No. Ha sido uno de tantos robos que se cometen frecuentemente en el campo. No merece la pena que un hombre como usted se ocupe de ello.

Aunque Holmes pretendió disimularlo, yo comprendí que no le había sabido mal la adulación.

—Pero siempre habrá algún detalle interesante, ¿no?

—Me parece que no. Los ladrones entraron a la biblioteca, lo revolviéron todo, descerrajaron los cajones, los armarios, y, por último, no se llevaron más que un tomo incompleto de *Homero*,

de Pope, dos candelabros de plata, un abrecartas de marfil, un barómetro de pared y un ovillo de bramante.

—¡Pues vaya una amalgama! —exclamé.

—Seguramente cogieron lo primero que encontraron.

Holmes sonrió.

—Es fácil; pero en ese robo tan heterogéneo hay algo que...

—¡Cuidado Holmes! —interrumpí—. Ya sabe lo convenido. Aquí ha venido a descansar, nada más que a descansar. ¡No faltaría otra cosa sino que ahora se metiera en otra aventura!

Holmes se echó a reír, y mirando al coronel con aire de cómica resignación, empezó a hablar del tiempo. Al poco rato la conversación seguía por cauces menos escabrosos.

## 2

Sin embargo, de todas mis precauciones, a la mañana siguiente volvió a surgir delante de nosotros el tema de la noche pasada. Y esta vez fue irresistible. Estaba escrito que Holmes no diese paz a la mano ni tregua al cerebro.

Habíamos terminado el desayuno y estábamos sentados todavía a la mesa, cuando el ayuda de cámara del coronel, sin cuidarse para nada del respeto que debía a su amo, entró como un torbellino en el comedor, diciendo a grandes voces:

—¿Sabe lo que pasa, señor? A los Cunninghams...

—¿Qué? ¿Otro robo? —exclamó el coronel levantándose bruscamente.

—Peor. ¡Un asesinato!

—¿Canastos! ¿Y a quién han muerto? ¿Al juez o a su hijo?

—A ninguno de los dos. La víctima ha sido William, el cochero. Murió sin decir Jesús.

—¿Y no se sabe quién es el asesino?

—Todavía no; pero se cree que haya sido el que robó en casa

del señor Acton. Ha desaparecido, sin dejar ninguna huella tras sí. Según parece, fue sorprendido por el cochero, lucharon ambos, y William murió defendiendo la casa de sus señores.

—¿Y a qué hora fue?

—A eso de medianoche.

El coronel había recobrado su sangre fría.

—Bien, bien; puede retirarse, John. Iremos inmediatamente a visitar a los señores Cunninghams. ¡Pobre señor! —continuó cuando desapareció el ayuda de cámara—. Habrá sentido la muerte de su cochero, porque llevaba muchos años en la casa y lo querían como a un hijo. Indudablemente, los asesinos deben ser los que robaron en casa de Acton.

—¿Cuáles? —preguntó Holmes con aspecto meditabundo—. ¿Los que se llevaron el ovillo de bramante, el barómetro y las otras cosas de escaso valor?

—Sí...

—No sé..., no sé... A veces los asuntos que parecen más sencillos a primera vista, suelen ser luego los más complicados. Además, no es lógico que unos mismos bandidos se limiten a cometer fechorías en un círculo tan reducido.

—Sin embargo, ya ve usted...

—Sí, sí, ya veo. Confieso que anoche, cuando lo vi apartar el revólver por temor de lo que pudiera ocurrir, no pude menos que sonreírme, pensando que era extemporánea la precaución. Los acontecimientos han venido a demostrarme lo contrario.

—Para mí —repuso el coronel—, el asesino debe ser de esta comarca. Así se explica que haya elegido las casas de Acton y de los Cunninghams.

—¿Son las más ricas?

—Lo serían si no estuvieran metidas en un pleito que las va arruinando poco a poco.

—¿Un pleito?

—Sí; el viejo Acton cree tener derecho a cierta parte de los dominios de los Cunninghams y les puso pleito... Luego, ya sabe usted lo que es la gente de curia... Embrollan todos los asuntos para prolongarlos y sacarles más producto.

Holmes parecía haber perdido toda curiosidad por el suceso.

—Pues si efectivamente el asesino es un poblador de la comarca, no creo que cueste mucho trabajo cogerle —murmuró bostezando—. Voy a seguir sus consejos, amigo Watson, y a no preocuparme más de semejante vulgaridad.

—El señor inspector Forrester desea hablar con el señor —anunció el ayuda de cámara, abriendo la puerta antes de que yo tuviera tiempo de contestar a Holmes.

Entró Forrester. Era un hombre joven y elegante, de rostro inteligente y palabra fácil.

—Buenos días, coronel —dijo—. Siento mucho molestarlo, pero hemos sabido que tenía de huésped al señor Sherlock Holmes, y...

El coronel, sin dejarlo continuar, señaló con la mano a mi amigo. El inspector se inclinó ceremoniosamente.

—¿Tendría la bondad de ayudarnos, señor Holmes?

Holmes se echó a reír.

—Ya lo ve, Watson. El destino está en contra suya. Precisamente, señor inspector, cuando usted entró estábamos hablando del asunto. ¿Quiere tener la bondad de sentarse y explicarme todo lo que sepa?

Y mi amigo se tendió cómodamente en el diván y cerró los ojos, según costumbre suya en parecidos casos. Yo hundí rabiosamente las manos en los bolsillos y tuve que contenerme para no decir alguna barbaridad.

—Así como en el asunto Acton —empezó el inspector— no había nada de particular, aquí sucede todo lo contrario.

Indudablemente, el ladrón de la otra noche es el asesino de ésta. Se le ha visto, además.

—¡Ah!

—Sí; pero fue después de haber disparado sobre el pobre William Kirwan. El señor Cunningham lo vio desde la ventana de su cuarto y su hijo también desde la puerta trasera. Serían las doce menos cuarto cuando se oyó la voz del cochero pidiendo socorro. El señor Cunningham se acababa de acostar y su hijo Alec paseaba por la habitación fumando. Al oír el grito, Alec echó a correr escaleras abajo, y antes de llegar a la puerta trasera, que estaba abierta, vio a dos hombres luchando en el jardín. Uno de ellos hizo fuego, el otro cayó de espaldas y el asesino desapareció en la oscuridad de la noche, gracias a que el joven Cunningham se cuidó más de prestar auxilio al moribundo que de perseguir al asesino.

—¿Y no dijo nada ese William antes de morir que nos sirva de indicio para...?

—Nada, en absoluto. Vivía con su madre en un pequeño pabellón, y suponemos que, siendo como era, un fiel servidor, salió a dar una vuelta por el jardín, intranquilo por lo que había pasado en casa de Acton. Seguramente, sorprendió al ladrón en el momento en que forzaba la cerradura y cayó sobre él.

—¿Le dijo algo a su madre al salir del pabellón?

—No lo sé. Se trata de una mujer muy vieja y sorda como una tapia. Además, le ha causado tal impresión la muerte de su hijo, que se ha quedado medio idiota; así es que no hemos podido conseguir nada de ella. Sin embargo, tenemos un indicio que considero de gran importancia. Mire.

El inspector sacó de la cartera un pedazo de papel muy arrugado, y poniéndoselo encima de la rodilla, continuó:

—Lo hemos hallado en la mano izquierda de la víctima.

Como ve, este pedazo debía formar parte de una hoja de papel bastante grande. Indudablemente, debió ser rota en la lucha; pero aún podemos ver aquí escrita una hora, que es precisamente la del crimen. Esto parece indicar, por lo tanto, que existía una cita.

Holmes cogió el pedazo de papel y empezó a examinarlo.

—Suponiendo, pues, que existiera una cita, efectivamente —continuó el inspector—, hay que creer que la reputación de hombre honrado que tenía William Kirwan era falsa y que sirvió de cómplice a su asesino. De ser esto cierto, el asunto se aclaraba algo y la muerte no era más que una de tantas, digno remate de una disputa entre compañeros.

—¿Sabe que es interesante este papel? —exclamó Holmes, como si no hubiera oído las últimas palabras del inspector—. Veo que el asunto se complica cada vez más.

Y mientras el inspector lo miraba con aspecto triunfante, gozoso de trabajar en compañía del policía más célebre del mundo, Holmes dejó caer la cabeza y permaneció pensativo durante largo rato.

—Tal vez tenga usted razón —dijo al fin—, suponiendo que exista cierta connivencia entre el cochero y su asesino. Pero esta carta, esta carta...

Y volvió a dejar caer la cabeza entre las manos y a entregarse a sus reflexiones. Cuando al cabo de unos minutos se levantó, tuve que reprimir una exclamación de asombro al ver en su rostro la animación de los días pretéritos y en su cuerpo la agilidad y la energía que mostraba en los momentos de lucha con el misterio.

—Si quiere que lo ayude, señor inspector, necesito ver el sitio donde ha tenido lugar el crimen. Así es que, si el coronel no tiene inconveniente, va usted a ser tan amable que me dirija a

la casa de los Cunninghams. Usted, Watson, puede quedarse haciendo compañía al coronel, y dentro de media hora, a más tardar, volveré a contarles lo que haya.

## 3

Pero quien volvió al cabo de dos horas fue el inspector, que, con aire preocupado, nos dijo:

—El señor Holmes quedó tendido boca abajo sobre el césped, y les ruega que tengan la bondad de seguirme.

—¿Adónde?

—A casa de los Cunninghams.

—¿Para qué?

El inspector se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Aquí, entre nosotros, me parece que el señor Holmes no está curado todavía. Hace unas cosas tan raras...

—No le extrañe eso —contesté—. Yo lo conozco hace mucho tiempo, y sé que precisamente cuando más inexplicables parecen sus actos, por mejor camino van.

—Puesto que usted lo dice... —murmuró el inspector—. Sin embargo, yo sigo creyendo que algunas cosas son completamente inútiles. En fin. ¡Allá él!

—Bueno —dije, algo molesto por las palabras del inspector—. ¿Vamos coronel?

—Vamos allá.

Cuando llegamos al jardín de los Cunninghams nos encontramos con Holmes de pie, con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el suelo. Al sentir nuestros pasos, levantó la cabeza y exclamó, alegremente:

—¡Hola, señores! Esto se complica, se complica. Nunca bendeciré bastante, amigo Watson, el que me haya traído a pasar una temporada aquí. He pasado una mañana deliciosa.

—¿Qué? ¿Ha examinado usted el teatro del crimen? —preguntó el coronel.

—Ya lo creo! El inspector y yo hemos hecho un pequeño reconocimiento.

—¿Con éxito?

—¡Qué sé yo! Por de pronto, hemos descubierto cosas muy interesantes, ¿verdad, amigo? Vamos andando y se las contaré. Lo primero que hemos hecho, ya comprenderán que ha sido ver el cadáver.

—¿Y qué?

—Nada; que ha muerto de un tiro, efectivamente.

—¡Ah! ¿Pero lo dudaba usted?

—Se debe dudar de todo hasta que se tenga una prueba indiscutible. Luego hemos celebrado una interviú con el señor Cunningham y su hijo, y nos han enseñado el sitio exacto de la verja por donde huyó el criminal. Esto era muy importante.

—¡Claro!

—Después hemos ido a ver a la madre del muerto; pero no hemos conseguido nada, porque además de su ancianidad, está trastornada por el suceso.

—De modo que...

—Mi opinión es que se trata de un asunto muy oscuro, aunque tal vez la visita que vamos a hacer ahora lo aclare un poco. Me parece, señor inspector, que respecto del pedazo de papel opinamos lo mismo, ¿verdad?

—Sí... Yo creo que eso puede ser un indicio.

—Lo es, señor inspector, lo es. Yo creo que la salida de William Kirwan se debió a esta carta, y más que nada, a su amistad o conocimiento con el autor de ella. Ahora bien, aquí no hay más que un pedazo, ¿dónde está el otro?

—No sé —contestó el inspector—; infructuosamente lo he buscado por todas partes.

Para mí resulta indudable que esta carta pretendieron arrebatarla de las manos de la víctima, sin conseguir más que la mitad. Luego, esta carta comprometía, seguramente, al asesino. ¿Qué habrá hecho con el otro pedazo? ¿Quién sabe! Tal vez lo haya guardado en el bolsillo; quizá lo haya roto en mil pedazos. En cuanto detengamos al criminal...

—Sí —interrumpió el inspector—; pero es preciso detenerlo.

—Todo se andará, amigo, todo se andará. Hay, además, otro punto oscuro en este asunto, y es el siguiente: Esta carta ha sido dirigida a William, pero no resulta lógico que la llevara en persona el propio autor de ella, porque entonces era inútil comprometerse por escrito. ¿Quién ha llevado, pues, la carta? ¿Habrá sido cursada por correo?

—Según las diligencias practicadas por mí —dijo pomposamente el inspector—, esa carta la recibió ayer William en el correo de la tarde.

—¡Bravo! —exclamó Holmes, dándole al inspector una amistosa palmada en el hombro—. Así da gusto trabajar. Pero ya estamos junto a la casa. Si tiene la bondad de seguirme, coronel, le enseñaré el lugar del suceso.

Pasamos por delante del pabellón donde había vivido la víctima, seguimos por una calle ancha sombreada por las ramas de añosos robles, y llegamos a un edificio severo y antiguo, del tiempo de la reina Ana. En vez de entrar por la puerta principal, dimos la vuelta y llegamos a una puertecilla en cuyo umbral había un agente de policía.

—Abra —le dijo Holmes; y luego, volviéndose hacia nosotros, continuó—: Ahí, en esta escalera, estaba el joven Cunningham cuando vio luchar a los dos hombres en este mismo sitio en que

estamos ahora. El padre estaba en aquella ventana, la segunda de la izquierda, y tanto uno como otro aseguran que el asesino siguió esa dirección, saltando por encima de ese matorral. Según parece, el joven Alec no se cuidó de perseguirlo, limitándose a arrodillarse junto al moribundo. Desgraciadamente, el terreno estaba muy seco y no he podido descubrir ninguna huella.

Aún no había terminado de hablar Sherlock Holmes, cuando llegaron hasta nosotros dos hombres. Uno de ellos era ya de cierta edad, y en su rostro, de rasgos enérgicos y rudos, se adivinaba cierta indefinible tristeza. El otro era un mozo de ademanes sueltos y decididos, y la expresión jubilosa del rostro, así como el traje, afectadamente claro y chillón, contrastaban de un modo extraño con el drama que había hecho su nido la noche anterior en aquella casa.

—¿Qué? ¿No lo ha encontrado todavía? —exclamó este último en cuanto estuvo cerca de nosotros—. Yo me imaginaba que la policía de Londres era mucho más lista que la provinciana, pero veo que no es así.

—Hay que tener un poco de paciencia, señor Cunningham —contestó Holmes, tranquilamente.

—Ya, ya; pero el caso es que hasta ahora no hay ningún indicio.

—Sí que lo hay —contestó el inspector bruscamente—. Si logramos saber dónde... ¡Gran Dios! Señor Holmes, ¿qué le pasa?

Todos volvimos la cabeza asustados. El rostro de mi amigo había cambiado violentamente de expresión. Giró los ojos casi fuera de las órbitas, se llevó a la garganta los dedos, engarabitados por el sufrimiento, y lanzando un gemido ronco y angustioso, cayó de bruces contra el suelo.

Dolorosamente conmovidos por un ataque tan súbito como inesperado, nos precipitamos en su socorro, y entre cuatro lo llevamos a la alcoba y lo sentamos en una silla, donde permaneció

largo rato, sacudido el cuerpo por violentos estremecimientos y fatigosa respiración. Por fin, se levantó, y después de disculparse de lo que él llamaba su debilidad, me dijo:

—Ya veo, amigo Watson, que tenía usted razón cuando me aconsejaba reposo. ¡Estos malditos nervios!...

—¿Quiere que mande enganchar el coche? —preguntó afectuosamente Cunningham padre.

—No, muchas gracias. Ya que estoy aquí, no quisiera marcharme sin dilucidar un punto importantísimo.

—¿Y es?

—A mí me parece que el pobre William debió llegar después que entró el asesino en la casa. Sin embargo, si no recuerdo mal, me parece haber oído decir a usted todo lo contrario, a pesar de haber sido forzada por completo la cerradura, ¿no es así?

—Así es, en efecto —contestó gravemente Cunningham—; porque, de lo contrario, mi hijo, que no se había acostado aún, hubiera oído el menor rumor...

—¿No se había acostado usted aún? —dijo Holmes, mirando fijamente a Alec.

—No; estaba fumando en mi cuarto.

—¿Cuál es su ventana?

—Aquélla, la última de la izquierda.

—¿Al lado de la de su padre?

—Justamente.

—Supongo que los dos tendrían luz encendida.

—¡Claro!

—Nada, lo dicho —prosiguió Holmes sonriendo—. Cada vez me parece más extraño lo ocurrido. Se necesita ser un hombre muy bruto o muy audaz para entrar rompiendo puertas en una casa donde hay dos ventanas iluminadas.

—Eso creo yo —murmuró el viejo.

—¡Toma! —repuso el joven, encogiéndose de hombros—. Pues se le tratará de un caso sencillísimo, maldita la falta que nos hacía su ayuda. De todos modos, me parece un poco aventurada la afirmación de que el bandido estaba ya dentro de la casa cuando lo sorprendió William. ¿Cómo imaginar tal cosa estando como estaba todo en su sitio y sin faltar ningún objeto?

—Eso depende del valor de los objetos que encontrara a su paso el criminal. Ya recordarán ustedes que este individuo no parece un ladrón vulgar. Éste parece obrar con un fin desconocido y misterioso. No habrán olvidado, seguramente, lo que robó en casa de Acton: un ovillo de bramante, un abrecartas y no sé qué otras pequeñeces.

—Me parece —observó el viejo— que estamos perdiendo el tiempo en inútiles disquisiciones. Una vez que hemos puesto el asunto en sus manos, a usted y al inspector les toca mandar y obrar, sin que nosotros entorpecamos sus tareas.

—Celebro mucho oírle hablar así, y para que todo quede ultimado, me parece que sería conveniente fijar ahora mismo la recompensa que piensa dar a la policía. Si le parece bien, puede firmar aquí, en este papel donde he escrito el borrador. He puesto cincuenta libras esterlinas. ¿Le parece mucho?

—Nada de eso. Daría con gusto quinientas con tal de... —dijo el juez, cogiendo el papel y el lápiz que le tendía Holmes.

Luego, leyendo rápidamente, exclamó:

—Pero esto no resulta muy exacto ni correcto que digamos...

—Tal vez... Como lo he escrito algo de prisa...

—¡Y tanto! Aquí empieza usted diciendo: "Habiéndose cometido el martes, a las doce menos cuarto de la noche, aproximadamente..." No fue aproximadamente, sino a las doce menos cuarto en punto.

Confieso que esta ligereza de Holmes me disgustó un poco.

Comprendiendo lo molesto que debía estar viéndose cogido en una inexactitud, él que era la precisión personificada. El ataque de hacía un momento, esta reciente torpeza, todo parecía indicar que mi amigo se resentía de su enfermedad y que no había recobrado aún su claridad de criterio y su presteza de observación.

Fue un silencio embarazoso, mientras el juez corregía el borrador. El inspector fruncía las cejas, Alec soltó una carcajada y el coronel y yo nos miramos consternados.

—Tome —dijo Cunningham padre, entregándole a Holmes el papel—; ya puede mandarlo a la imprenta.

Holmes guardó cuidadosamente el documento en la cartera, y abrochándose la americana, repuso:

—Ahora, si les parece, sería conveniente que diéramos una vuelta por la casa, a ver si el criminal se ha llevado algo que no echaron ustedes de menos en los primeros momentos.

Antes de entrar, mi amigo examinó nuevamente la cerradura forzada. El asesino debió emplear una ganzúa o un cuchillo de grandes dimensiones. En la madera no se notaba el menor rasguño.

—¿No tienen barra en las ventanas? —dijo de pronto, volviéndose hacia los Cunninghams.

—No, no las creíamos necesarias.

—¿Y perro?

—Perro, sí; pero está siempre encadenado en la otra parte del jardín.

—¿A qué hora se despidieron para acostarse los criados?

—A eso de las diez.

—¿Y William?

—También.

—Entonces no se explica que estuviera de pie a... Vamos adentro. Subimos la escalera y llegamos al descansillo del primer piso.

Luego nos internamos en un ancho corredor, al cual daban las puertas del salón y de algunas otras habitaciones, entre ellas las de las alcobas de los dos Cunninghams. Yo no le quitaba ojo a Holmes, y comprendía, por la expresión del rostro, que había encontrado por fin una pista. ¿Cuál? Por más esfuerzos imaginativos que hacía, no lograba dar con ella.

—¿Cuáles son los cuartos de ustedes?—preguntó, deteniéndose y mirando a Cunningham padre.

—Esos dos. Este primero es el mío, aquél el de mi hijo. Pero me parece, señor Holmes—continuó con tono de impaciencia—, que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¿Cómo demonios iba a entrar nadie aquí sin que nos percatáramos de ello?

—En realidad—observó el joven, sonriendo irónicamente—, el señor Holmes me parece que va un poco descaminado.

—¿En qué quedamos, señores? ¿No han dicho antes que me dejarían obrar a mi gusto? Tengan un poco de paciencia.

Luego, empujando la puerta, continuó:

—¿De modo que ésta es la alcoba de su hijo?

Y entró seguido de nosotros.

—¡Vaya! Esa habitación debe ser el tocador, ¿verdad? ¿Adónde da esa ventana?

Entrando en el segundo cuarto, salió después de echar una rápida mirada en torno suyo.

—Vaya, me parece que ahora ya estará contento—murmuró con huraño acento el juez.

—Algo, algo lo estoy... Ahora me falta ver su cuarto..., si no tiene inconveniente.

—¿Yo? Ninguno.

Y abriendo la puerta de su habitación, pasó el juez primero que todos. Era una pieza sencillamente amueblada y sin ningún detalle que revelara nada fuera de lo vulgar y corriente.

Holmes, cogiéndome del brazo, procuró que nos quedáramos los últimos. De pronto, y como sin fijarse, le dio un empujón a una mesita que había a la cabecera de la cama con un plato de naranjas y una jarra llena de agua. Se rompió la jarra en mil pedazos y las doradas frutas rodaron por el suelo.

—¿Qué torpeza, Watson!—me dijo con acento incomodado—. Menudo estropicio acaba de hacer.

Rojo de vergüenza, me incliné para levantar la mesa y recoger las naranjas, comprendiendo que cuando mi amigo me reñía tan injustamente debía tener sus razones para obrar así. Los demás se inclinaron también para ayudarme. Cuando levantamos la cabeza, el inspector lanzó un grito de estupor.

—¡Calla! ¿Dónde está ese hombre?

Efectivamente, Holmes había desaparecido.

El joven Cunningham frunció el entrecejo.

—Me parece que ese individuo está algo chiflado. Venga conmigo, padre, y vamos a ver dónde se ha metido. ¿Quieren tener la bondad de esperarnos un momento?

Y sin esperar nuestra contestación, salieron padre e hijo precipitadamente, dejándonos al coronel, al inspector y a mí con un palmo de narices.

—Pues yo, señores—exclamó el inspector—, confieso que soy de la misma opinión que el señor Alec... Me parece que el señor Holmes tiene más de...

No tuvo tiempo de acabar. Hasta nosotros llegó la voz de mi amigo que gritaba: “¡Socorro!”, con todas sus fuerzas. Loco de angustia me precipité fuera de la habitación. Los gritos, que se habían cambiado en aullidos roncós e inarticulados, venían del cuarto de Alec. La puerta estaba abierta, y al entrar en el tocador del joven, vi a Holmes tendido en el suelo y a los dos

Cunninghams echados sobre él. Mientras el hijo le apretaba la garganta, el viejo lo sujetaba con los puños.

Entre el coronel, el inspector y yo libertamos, prontamente, a mi amigo, y éste se levantó pálido, tembloroso, sin voz.

Hubo un momento de silencio en que todos nos miramos y en que sólo se oía la anhelosa respiración de Holmes.

Por fin mi amigo recobró el habla, y señalando a los dos Cunninghams, exclamó:

—Detenga ahora mismo a esos hombres, inspector.

—¿Que los detenga? ¿Por qué?

—Porque son los asesinos de su cochero William Kirwan.

El inspector estaba asombrado y sin saber qué hacer.

—¡Por Dios, señor Holmes! ¡Esto es demasiado!

—¿Demasiado? ¡Mírelos!

Efectivamente. No recuerdo haber visto nunca tan clara la huella de un crimen en el rostro humano como en las facas de aquellos dos hombres. El padre estaba como petrificado, y en sus rasgos se leía una crueldad extrema. Del rostro del hijo había huido la sonrisa burlona de antes y contraía la boca con un gesto de rabia y cinismo, mientras que los ojos chispeaban de odio.

El inspector se asomó al pasillo y dio un silbido. Dos agentes de policía entraron en la habitación.

—Dispéñeme, señor Cunningham —balbuceó el asombrado inspector—; no tengo más remedio que obedecer, a pesar de mi convencimiento de que se trata de un error y que... ¡Demonio!

Y dio una manotada en el brazo de Alec. Un revólver cayó en el suelo, Holmes le puso el pie encima.

—¿Lo está viendo, inspector? Ahora mire la otra prueba —continuó, agitando un pedazo de papel en el aire.

—¿Qué es eso? —exclamamos los tres a un tiempo.

—El resto de la carta.

—¿Dónde estaba?

—Donde yo esperaba encontrarlo. Dentro de un rato tendré el gusto de explicárselo todo a ustedes. Ahora, coronel, tenga la bondad de dejarnos solos al inspector y a mí con los criminales. Puede esperarme con Watson en su casa. Antes de una hora nos reuniremos y como les he prometido, lo explicaré todo.

## 4

No había transcurrido la hora señalada, cuando Holmes apareció en el salón del coronel Hayter, acompañado de un viejecillo simpaticón y de mirada asustadiza.

—Me he permitido, señores, rogar al señor Acton que me acompañara para que oyese la explicación de lo ocurrido, porque nadie como él podía tener más interés en saberlo. Lo que siento, coronel, es que haya invitado a pasar unos días en su casa a un aguafiestas como yo.

—Al contrario —protestó vivamente Hayter—; no sabe la satisfacción tan grande que ha sido para mí el conocerlo y verlo trabajar. Le juro que, por mucho que yo me imaginaba de su talento, nunca pude acertar con la realidad. Por más vueltas que le he dado, no puedo comprender cómo ha descubierto usted a los autores del crimen.

—Ya comprenderá y hasta lo encontrará muy sencillo y casi infantil cuando se lo explique. ¿Verdad, Watson? Figúrese que...

—Pero, siéntese, Holmes; está muy pálido —observé.

—Sí, realmente estoy algo débil. No es para menos, después de la lucha titánica que sostuve en el tocador. Si tardan un poco más, allí acabo mis días. Con su permiso, coronel, voy a echarme una copa de este rico aguardiente.

—¡No faltaba más! ¿Y los nervios? Menudo susto nos dio usted con el ataque de antes.

Sherlock Holmes soltó la carcajada. El coronel y yo nos miramos estupefactos.

—Ya hablaremos de eso, señores —dijo alegremente mi amigo después de beber la segunda copa de aguardiente—. Las cosas hay que ir diciéndolas por orden, y así lo voy a hacer, advirtiéndoles antes que si hay algo oscuro o incomprensible en mi relato me interrumpen, para que lo explique mejor.

Hizo una pausa como para excitar nuestra atención —lo cual, por otra parte, no era necesario—, y continuó:

—Todo buen policía, lo primero que debe aprender, como conocimiento indispensable e importantísimo, es distinguir en cualquier asunto los detalles accesorios de los principales. De lo contrario, corre peligro de despistarse y malgastar su energía y todas las demás condiciones buenas que posea. En el caso actual, yo comprendí desde el primer momento que la clave del misterio estaba en el pedazo de papel que se encontró en la mano de la víctima. Recordarán que, a ser verdad la declaración de Alec Cunningham, el asaltante nocturno no podía ser el que arrancó el papel, puesto que huyó antes de que cayera al suelo el cochero.

—Luego, de no ser el presunto asesino, nada más lógico que fuera el propio Alec Cunningham, en el espacio de tiempo que estuvo solo con el moribundo, antes de que llegaran su padre y los criados. Como ven, ésta es una suposición muy razonable, a pesar de lo cual no se le ocurrió al inspector. ¿Por qué? Porque tenía el prejuicio de la elevada posición de los Cunninghams. Yo, por el contrario, siempre que se trata de descubrir alguna cosa, me atengo exclusivamente a los hechos, dejando aparte todo lo que sepa de las personas que más o menos, directamente, hayan intervenido en el asunto. Así, pues, lo primero que consideré como importante fue averiguar el papel que hubiese jugado Alec Cunningham en este crimen.

—Por eso examiné tan cuidadosamente el trozo de papel, y el examen me hizo ver que, efectivamente, no me había engañado concediéndole una gran importancia. Aquí está. ¿Verdad que es algo extraño?”

—Sí que lo es —dijo el coronel, mirándolo fijamente.

—Vamos a ver, ¿qué opina de él?

—Qué sé yo... Me parece muy raro el carácter de letra..., pero no acierto a...

—¡Y tan raro! —exclamó Holmes—. Como que lo han escrito entre dos personas, una palabra cada una. Para convencerse, no tienen más que fijarse en lo enérgico que es el rasgo de la t en las palabras “útil” y “tres”, así como lo inseguro que es en la palabra “cuarto”, por ejemplo. Una vez hecha esta observación pueden asegurar, sin temor de equivocarse, que las palabras “sabed” y “mucho” son de una mano muy segura, mientras que las palabras “menos” y “cuarto” son de otra un poco más débil.

—¡Caramba! —exclamó el coronel—. ¡Esto es sencillísimo! ¿Pero qué motivo han podido tener dos hombres para escribir una carta de este modo?

—Esto es tan sencillo como lo otro. Indudablemente, uno de los dos individuos desconfiaba del otro, y quería que la responsabilidad, en caso de que se descubriera el crimen, fuera de ambos. Ahora bien; podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el instigador, el verdadero criminal, es el que ha escrito las palabras “doce y cuarto”.

El coronel se quedó mirando a Holmes con la boca muy abierta.

—¿Cómo demonios lo sabe?

—Podríamos deducirlo de la firmeza de mano de uno comparada con la inseguridad del otro; pero hay otras pruebas más

concluyentes. Por ejemplo: examinando más detalladamente el papel veremos que el hombre resuelto escribió todas sus palabras primero, dejando entre una y otra los huecos para que el otro los llenara. Como ven, la palabra "menos" es de la misma letra que "doce y cuarto", y, además, está metida en un espacio muy pequeño para ella, lo cual demuestra que el segundo que escribió no se fijó en ese blanco y el primero tuvo que llenarlo después. Como ven, es cuestión de lógica.

—¡Maravilloso! —exclamó el coronel.

—No, lógico; nada más que lógico. Pasemos ahora a otro punto. Indudablemente, sabrán ustedes que hay cierta clase de hombres, los grafólogos, que pueden averiguar exactamente la edad, el temperamento y hasta el oficio de una persona con sólo examinar algún escrito suyo. Sobre todo, respecto de la edad, en caso normal, es infalible la adivinación. Y digo normal, porque en circunstancias anormales, es decir, en caso de enfermedad o debilidad física, puede aparecer como de viejo la mano de joven que trazara el escrito objeto del examen.

—Cifándonos ahora al caso presente, y examinando el carácter de letra resuelto y seguro del uno con el vacilante de las t sin tilde del otro, podemos afirmar que uno de los dos hombres era joven, y viejo, aunque no decrepito, el otro.

—¡Maravilloso! —volvió a exclamar el coronel, secundado esta vez por el señor Acton.

—Además, existen entre los dos caracteres de letra cierta semejanza de rasgos, que indican claramente que se trata de dos individuos de la misma sangre. Fíjense, por ejemplo, en las e. En fin, y para no cansarles más, después de mucho examinar este trozo de papel formé una lista de veintitrés deducciones, que demostraban hasta la saciedad que esta carta fue escrita por un padre y un hijo, alternativamente. Entonces, y por medio de

esta intuición que tanto me ha valido en infinidad de ocasiones, me fijé en los Cunninghams.

—Una vez arraigada en mi mente esta sospecha, puse todos los medios posibles para ver si podía transformarla en certeza. Examiné cuidadosamente el lugar del suceso, y adquirí la seguridad de que los Cunninghams habían mentido en todas sus afirmaciones.

—William Kirwan fue herido de un disparo de revólver, hecho a cuatro metros de distancia, puesto que no había la menor señal de pólvora sobre el traje, lo cual no hubiera podido menos de ocurrir al haber sido hecho el disparo durante una lucha cuerpo a cuerpo, según ha declarado el joven Cunningham.

—También estuvieron acordes el padre y el hijo, señalando el camino que tomó el asesino al huir después de cometido el crimen. Pero, precisamente en esa parte hay unas charcas, y en el terreno cercano a ellas, y muy húmedo, por consiguiente, no había la menor huella de pasos.

—Ya no me faltaba más que descubrir el móvil del crimen. Para eso era preciso saber antes con qué objeto se hizo aquel robo tan extraño e inútil en casa del señor Acton. Entonces recordé que el coronel me había dicho que existía entre usted y los Cunninghams un pleito por cuestión de terrenos, y en seguida comprendí que debieron entrar en su despacho con intención de apoderarse de algún documento importante".

—Creo lo mismo que usted —interrumpió Acton—. Como yo tengo derechos indiscutibles sobre la mitad de sus propiedades, si hubiesen logrado coger uno solo de los papeles (afortunadamente están guardados en la caja de caudales de mi abogado), mal me hubiera visto yo para alegar esos derechos en el momento supremo.

—No sabe usted lo que me regocija oírlo hablar así —continuó Holmes, sonriendo—. No habiendo encontrado lo que

buscaban, intentaron despistar a la policía simulando un robo vulgar, y para ello cogieron lo primero que hallaron a mano, sin cuidarse de su importancia. En esto hay que confesar que el proyecto audaz y bien urdido por Alec flaqueó un poco. En vez de despistar, pondría sobre la pista.

”Ya no me faltaba más que averiguar el porqué de la carta dirigida a William, y para conseguirlo debía buscar el otro pedazo que arrancaran de la mano del cochero. Para mí era Alec, indudablemente, quien lo arrancó, el cual debió guardarlo en el bolsillo de la bata. ¿Pero estaría todavía allí?

”Resolví arriesgarme un poco para cerciorarme de ello; entonces fue cuando les rogué que vinieran todos a la casa del crimen.

”Recordarán que los Cunninghams nos recibieron en el jardín, cerca de la puerta de la cocina. Se empezó a hablar del crimen, y yo estaba sobre ascuas temiendo la menor alusión al trozo de papel hallado en la mano del muerto, porque en ese caso los asesinos procurarían destruirlo en seguida.

”Efectivamente, no habíamos hecho más que empezar a hablar, cuando el inspector soltó las temidas palabras. Entonces, y para interrumpirlo y dirigir por nuevos cauces la conversación, tuve el gusto de ofrecerles el curioso espectáculo de un ataque nervioso”.

El coronel soltó una carcajada estentórea.

—¿Cómo! ¿Pero fue fingido aquello?... Pues lo felicito, amigo mío; es usted un excelente actor. ¡Y pensar que nos llegó a preocupar seriamente!...

—¡Pues yo también lo felicito en mi calidad de médico! —exclamé, asombrado ante aquel hombre, cada vez más admirable y prodigioso—. Le confieso que me ha engañado.

—Todo policía debía estudiar el arte de ser actor —contestó Holmes, burlonamente—. Cuando *se me pasó el ataque*, y por

medio de una astucia, que me resultó infalible, conseguí que el viejo Cunningham escribiera la palabra “cuarto”, para compararla con la otra “cuarto” que se leía en el trozo de papel.

—¡Es posible! —exclamé, ya en el colmo de la estupefacción—. ¡Y yo que dudaba de usted!

Holmes se echó a reír.

—Ya, ya vi que me compadecía usted por mi falta de memoria. Una vez conseguido lo que me proponía, subimos todos al piso principal, y al entrar en el tocador y ver la bata a la cabecera de la cama, derribé la mesita de noche para tener tiempo, mientras los demás se apresuraban a levantarla y a recoger lo caído, de registrar los bolsillos. Apenas había recogido el tan deseado pedazo de papel sentí caer encima de mí a los dos Cunninghams, y a no ser por la intervención de ustedes, me parece que allí terminan para siempre mis aventuras. Aún siento en mi garganta los dedos del joven, y el puño me duele horriblemente de los esfuerzos que hizo el viejo para arrancarme el papel.

”Ahora sólo falta decirles lo que ha pasado después de nuestra marcha. Inmediatamente les tomé declaración a ambos, y mientras el padre se mostró algo razonable, no sé si por miedo o por arrepentimiento, el hijo parecía haberse vuelto loco de rabia y, seguramente, al tener a mano el revólver se hubiera levantado la tapa de los sesos o nos la hubiera levantado a nosotros. Cuando el viejo comprendió que era inútil negar, lo confesó todo.

”Según parece, el cochero William había seguido secretamente a sus amos la noche del asalto a la casa del señor Acton, y teniéndolas de este modo en su poder, quiso abusar de ellos y sacarles todo cuanto se le antojara.

”Pero no pensó en lo peligroso que resultaba jugar con un hombre del temple de Alec. Éste tuvo una inspiración realmente genial: se le ocurrió aprovecharse del terror que había despertado

en el país aquella serie de robos nocturnos que había empezado hacía poco, para deshacerse del cochero. William cayó en el lazo que le tendían y pagó con la vida su indiscreción. Tal vez si los asesinos hubieran arrancado el papel por completo, y no hubiesen cometido alguno que otro descuido, su crimen habría permanecido impune”.

—Bueno —interrumpí—. Pero, ¿qué decía la famosa carta?

Holmes colocó los dos pedazos sobre la mesa.

—Lo que yo me figuraba. Una vez más el amor ha causado la pérdida de un hombre. Lo que no está muy claro es la clase de relaciones que existía entre esta Anne Morrison, William Kirwan y Alec Cunningham. Pero eso ya no nos interesa. Y ahora, amigo Watson, me parece que ya hemos abusado bastante de la paciencia del coronel. Mañana mismo volveremos a Londres, y habrá de reconocer conmigo en que no pude elegir mejor sitio para mi convalecencia.

## Las Dos Manchas de Sangre

1

Bien sabe Dios que tenía la firme intención de que la aventura de los Cunninghams fuera el último de los triunfos de Sherlock Holmes que diera a la publicidad. Y bien sabe también que no ha sido la falta de material lo que me dictó esta resolución, porque poseo infinidad de notas referentes a muchos centenares de asuntos que nadie conoce todavía. Tampoco ha sido el temor de cansar a mis lectores, puesto que eran tan admirables y únicas las cualidades de Holmes, que siempre, aun en asuntos muy semejantes, habría algo nuevo y sorprendente. El verdadero motivo ha sido el cansarse Holmes de esta publicación que desde hace tanto tiempo vengo realizando.

Mientras ejercía su profesión, la popularidad de sus éxitos podía tener para él algún valor práctico; pero desde que ha dejado definitivamente Londres para vivir en las dunas de Sussex, donde se dedica a todos sus estudios y a la agricultura, toda noticia que se refiera a él le es verdaderamente desagradable. Y me ha rogado que, de ahora en adelante, guarde silencio sobre lo pasado, y yo, como siempre, he considerado sus deseos como órdenes. Sin embargo, después de asegurarle que en otros tiempos había prometido contar la aventura “Las dos manchas de sangre” cuando ya no podía perjudicar a ninguna de las elevadas personalidades que intervinieron en ella y de que este suceso rubricaría dignamente la larga serie de sus triunfos, logré convencerlo, con la única condición de que variase los nombres con el objeto de evitar conflictos internacionales.